

40 Amaneceres, 2022

Faro Divino

Día 18. La Biblia me habla sobre la naturaleza humana (Parte 2).

Tras haber preparado la tierra con todo lo necesario para satisfacer las necesidades de sus criaturas, Dios procedió a llevar a cabo su obra cumbre: "Hagamos al hombre a nuestra imagen..." (Gén.1:26,27). Tres veces Moisés repite que Dios creó al ser humano, y tres veces menciona que lo creó "a su imagen". Este énfasis sugiere que hay algo especial que distingue a la especie humana del resto de la creación. Dios no solo la creó, sino que grabó en ella su propia imagen. "El hombre fue creado a semejanza de Dios. Su mente era capaz de comprender las cosas divinas. Sus afectos eran puros; sus apetitos y pasiones estaban bajo el dominio de la razón. Era santo y se sentía feliz de llevar la imagen de Dios y de mantenerse en perfecta obediencia a la voluntad del Padre" (PP, cap. 2, pp.24, 25).

Fuimos creados "un poco menor que los ángeles" (Heb. 2:7), una indicación de que fue dotado de dones mentales y espirituales. Si bien Adán, al ser creado, no poseía experiencia, ni desarrollo del carácter, fue hecho "recto" (Ecl. 7:29), lo cual constituye una referencia a su rectitud moral. Como poseía la imagen moral de Dios, era justo además de santo (ver Efe. 4:24), y era parte de la creación que Dios consideró buena "en gran manera" (Gén. 1.31).

Por cuanto, se le dio la oportunidad de demostrar su amor y lealtad a su Creador. A semejanza de Dios, tenía la capacidad de escoger, es decir, la libertad de pensar y actuar con referencia a imperativos morales. De este modo, era libre de amar y obedecer o de desconfiar y desobedecer. Dios corrió el riesgo de que el hombre escogiera en forma equivocada, porque únicamente poseyendo la libertad de escoger podría el hombre desarrollar un carácter que exhibiera plenamente el principio del amor que es la esencia de Dios mismo (1 Jn. 4:8). Su destino era alcanzar la mayor expresión de la imagen de Dios: Amar a Dios con todo su corazón, alma y mente, y amar a otros como a sí mismo (Mat. 22:36-40).

Como seres humanos, debemos actuar como Dios porque fuimos hechos para ser como Dios. Si bien es cierto que somos humanos, y no divinos, dentro de nuestro dominio debemos reflejar a nuestro Hacedor en todas las maneras posibles. Sin embargo, con la entrada del pecado a esta tierra la primera consecuencia fue un

cambio en la naturaleza humana que afectó las relaciones interpersonales, así como la relación con Dios.

La historia revela que los descendientes de Adán comparten la pecaminosidad de su naturaleza. Si bien cuando niños aprendemos la conducta pecaminosa por imitación, la Biblia afirma que heredamos nuestra pecaminosidad básica (ver Sal. 51:5). La pecaminosidad universal de la humanidad es evidencia de que por naturaleza nos inclinamos hacia el mal, y no hacia el bien. La corrupción del corazón humano afecta a toda la persona. Por eso Job exclama: “¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie” (Job 14:4).

Todo esfuerzo por lograr una vida recta apoyándonos en nuestra propia fortaleza, está condenado al fracaso. Jesús aseguró que todo hombre “esclavo es del pecado”. Tan solo el poder divino puede emanciparnos de esta esclavitud. El apóstol Pablo fracasó en sus intentos de vivir una vida recta por sus propias fuerzas. Al recordar sus esfuerzos, dijo: “Lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago”. Luego señala el impacto que el pecado tuvo en su vida: “De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí”.

Pablo finalmente reconoce que necesita poder divino para vencer. Por medio de Cristo, abandonó la vida según la carne y comenzó una nueva vida según el Espíritu (Rom. 7:25; 8:1). Esta nueva vida en el Espíritu constituye el don transformador de Dios. El renacimiento espiritual transforma de tal modo la vida (Jn. 1:13; 3:5), que podemos hablar de una nueva creación: “Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17). Sin embargo, la nueva vida no excluye la posibilidad de pecar (1 Jn. 2:1).

Reto: haz tuya esta oración: “Querido Padre ayúdame a dar un buen testimonio de ti con mi imagen y conducta, y permite que un día mi naturaleza sea restaurada.

FARO DIVINO, gracias por mostrarme que puedo llegar a vivir una transformación espiritual.